

CONCURSO DE RELATOS MARINEROS CVPA50

TÍTULO DE LA OBRA: “EL CONSTANZA”

AUTOR: JAIME MORELL ELÍAS

PORT D’ANDRATX

TEL: 679.22.66.29

MAIL: jaimemorell@yahoo.es

Saltándose toda norma general, el mar había concedido una tregua en los acantilados de la costa oeste de sa Dragonera, y a su vez el oleaje no estaba provocando grandes estragos en la bocana del Port d'Andratx. Posiblemente, eso sí llegaría a ocurrir en los días siguientes, cuando los modelos baroscópicos daban unas previsiones meteorológicas radicalmente opuestas, pero no antes.

Entonces sólo eran las seis de la mañana y el sol aún no se vislumbraba.

Luis, empapado del típico ambiente marinero de la villa, bajaba por la estrecha cuesta de la parroquia de la Virgen del Carmen, y sorteaba el urbanismo que regía el lugar. Se dirigía a los muelles en los que descansaba *El Constanza* y solamente faltaba que embarcase él como patrón, para que, a un orden suya, los marineros soltasen cada amarra de su noray correspondiente y se hicieran a la mar para emprender la que debía ser la mayor captura de pescado de su vida.

Nacido cuarenta años antes en la misma localidad mallorquina de Andratx, Luis era hijo, nieto y bisnieto de pescadores andritxoles, por lo que llevaba el mar en la sangre y su cabeza estaba poblada de recuerdos relacionados con las maravillosas vistas desde el Cap de sa Mola. Asomado a su majestuoso acantilado, se recordaba despidiéndose de su padre cuando éste iniciaba sus largos días de faena desapareciendo más allá de la Punta de na Galinda.

Hasta la construcción del nuevo espigón del puerto, los marineros tenían que subir sus embarcaciones hasta las calles del pueblo a través de una rampa, y Luis lo recordaba ya como una pesadilla de antaño. Empezó a pescar con sólo quince años, y los cinco lustros de experiencias, sol y agua salada que habían pasado por sus carnes, le daban un aspecto físico curtido en mil batallas. Era muy delgado -extremadamente delgado- y fibroso, y debía medir unos ciento setenta centímetros de altura. A pesar de contar con sólo cuarenta años, la tensión soportada sobre las olas del mediterráneo le había teñido el pelo de grises canas, y éstas, junto con el lógico moreno de su piel, le convertían en un auténtico y tradicional lobo de mar.

Luis era muy amigo de sus amigos y tenía un carácter afable con éstos, siempre dispuesto a prestar ayuda de cualquier índole. Pero cuando se hacía a la mar con *El Constanza*, su cuerpo y su personalidad sufrían una transformación dejando de lado al amigo para convertirse única y exclusivamente en su patrón. Un patrón profesional y muy concienciado de los peligros con los que se convive en el mar. Peligros que, según palabras del propio Luis a sus marineros, *duermen tranquilamente durante horas, días o meses como el descanso del guerrero... para despertar sin previo aviso hasta convertirse en auténticos depredadores de barcos*. Quizás éste fuese su secreto, el secreto que le había hecho alcanzar el récord de mayor número de años de faena en pesca de arrastre sin ningún percance de dimensiones considerables. No sin percances, porque éstos eran inevitables en su día a día: sorpresas que suben con las redes y se clavan en manos, brazos o piernas..., cortes de toda naturaleza mientras se despiezan las capturas, e incluso alguna amputación de dedos o mano por el mismo motivo o por enganchadas con los engranajes de los aparejos de recogida. En el parque de pesca de una barca de bou es difícil mantener el equilibrio tras un golpe de mar, y si en ese momento se están manejando cuchillas y punzones para desenredar las capturas de la redes... lo más natural es que los guantes protectores no sirvan absolutamente para nada.

También, quizás por esa prudencia y por ese respeto que Luis tenía al mar, Constanza Barreiro, gallega hija de pescadores de la Costa da Morte, que seguía enamorada de él como el primer día, no se preocupaba nunca más de lo indispensable cuando su marido salía por la bocana del Port d'Andratx con el barco que él patroneaba y al que le había puesto el nombre en su honor, *El Constanza*. Por eso, ni ella ni nadie pensaron que aquella mañana de abril sería la última en la que *El Constanza* saldría a faenar... y que nunca más volverían a ver ni a Luis ni al resto de su tripulación.

Constanza Barreiro era cinco años más joven que su esposo y a sus treinta y cinco primaveras, seguía siendo la hermosa joven por la que todos los jóvenes del Port d'Andratx habían suspirado años atrás. A pesar de haber pasado doce meses antes por un parto del que nació su hijo Toni, sus caderas seguían siendo las mismas de siempre, y seguramente en ese avinagrado momento de despedida en el muelle del puerto, a las seis de la mañana, varios pares de ojos pertenecientes a pescadores y marineros estaban posados en ellas. Constanza era rubia y unas marinas ondas poblaban su media melena como a pocas gallegas; tenía los ojos de color verde aceituna y alcanzaba más o menos la misma estatura que Luis. Además, su espigado cuerpo alimentado a base del mejor pescado fresco del mundo, según sus propias palabras, hacían de ella una mujer a la que siempre le rondaban los mujeriegos oportunistas. Porque siempre se había dicho de los marineros que éstos tenían una mujer en cada puerto, pero nunca se decía nada de sus esposas... y de su soledad motivada por las prolongadas ausencias de sus maridos embarcados en alta mar. De todos modos, esta leyenda no servía en el caso del matrimonio protagonista de este relato, pues los mismos hombres que en ese momento miraban a Constanza, sabían perfectamente que Luis siempre volvía.

- No te voy a decir que tengas cuidado porque sé que siempre lo tienes -dijo Constanza sosteniendo en brazos al pequeño Toni de apenas un año de edad-.

- De todos modos ya lo has dicho -sonrió Luis-, como siempre. Y tú, enano, pórtate bien con mami.

Y dándole un sonoro beso en la mejilla a Toni y otro en los labios a su mujer, cogió el último petate que le quedaba por embarcar y que reposaba en el húmedo hormigón del muelle, y se lo cargó al hombro.

Constanza sabía que esta vez la ausencia sería más prolongada de lo habitual, porque Luis había programado una salida larga para llegar hasta los caladeros situados en la costa de Barbate, en el sur de Cádiz y por tanto más allá del Estrecho de Gibraltar. En total, *El Constanza* recorrería unas mil millas náuticas sumando la ida y la vuelta.

Allí, en los grandes caladeros del Mediterráneo, Luis pensaba conseguir varias toneladas del preciado atún rojo. Era un reto nunca asumido por un barco mediano como *El Constanza*, que además no pertenecía a ninguno de los gremios atuneros españoles que surgieron en los años cuarenta. El motor diesel de *El Constanza* tenía autonomía para estar hasta sesenta días sin regresar a tierra firme y Luis sabía que si conseguía su propósito, la crisis en la que estaban inmersos él y muchos más colegas mallorquines y que ya estaba durando demasiado para sus ajustadas economías domésticas, podría solucionarse con menos salidas pero de mayor duración. Para eso, había invertido gran parte de las pesetas ahorradas durante años en dotar su barco con uno de las más envidiados parques de pesca del Port d'Andratx. *El Constanza* ya no era un barco de pesca de arrastre, pues él, con un duro esfuerzo personal, lo había convertido en un barco de pesca de altura congelador.

Tardaría más tiempo en realizar la ruta de ida y vuelta que en pescar y cargar las bodegas congeladores, pero el barco tenía veinticinco metros de eslora y seis de manga, y Luis calculaba que estaría unos treinta y cinco días en volver y que lo haría con *El Constanza* vacío de la sardina que se llevaba de cebo, y repleto de atún rojo. Un atún al que Luis había dejado desovar de enero a marzo y al que le había dado un mes de margen para el fin del desove y el crecimiento, y así alcanzase su mayor esplendor justo cuando subiese por los hilos de pesca y fuese perforado por los ganchos de su renovado barco.

El barco, de hierro y con la zona situada bajo la línea de flotación pintada de negro como debía ser para no espantar a los peces, era de color ocre para los espectadores del Port d'Andratx que habían acudido a despedir a sus familiares embarcados. Estaba totalmente transformado y lo único que conservaba auténtico del mismo día en que salió de los astilleros de La Coruña, eran los letreros de madera situados a ambos lados de la proa en los que se leía "*El Constanza, 1960*". Sólo tenía ocho años de antigüedad, la misma que el matrimonio de Luis y Constanza, pues ambos habían decidido autoregalárselo con motivo de su enlace. No se regalaban un barco, se regalaban un modo de vida y una herramienta de trabajo que serviría para la subsistencia de la familia que en ese momento fundaban y que siete años más tarde crecería con un nuevo miembro, Toni.

- Cuenta con verme en breve -dijo Luis-, un mes pasa volando. Además, contactaré por radio con las autoridades portuarias y tendrás noticias puntualmente.

- Un mes pasa rápido, sí -afirmo Constanza-, pero nunca has estado tanto tiempo fuera. Te voy a echar mucho de menos... y el enano también. Avisa cuando estéis a pocas millas de vuelta. Cruzaremos a sa Dragonera y subiré con Toni a na Pòpia para ver tu regreso triunfal desde el Far Vell.

- De acuerdo. Y sí, es mucho tiempo, pero ten en cuenta que si esto funciona, que lo hará, después estaremos una larga temporada sin necesidad de salir a faenar... y entonces veré cómo salen los números para poder encargarle un hermanito a Toni.

El pequeño era el rey de la casa desde hacía un año y a su padre se le caía la baba cada vez que su *enano* le sonreía o le gorjeaba.

- Es el regalo más bonito que me podías hacer -añadió Luis besando de nuevo a Constanza-. Y eso que tardamos siete años en conseguirlo.

Entonces, desde la cubierta de *El Constanza*, el primer oficial y jefe de máquinas, gritó airadamente hacia donde Luis y Constanza se estaban despidiendo.

- ¡Venga ya! -sus gestos no pasaron desapercibidos y varias personas se giraron para ver quién estaba tan malhumorado a esas horas de la mañana-, ¡llevamos media hora esperando a que os despidáis y esta puta aventura del atún rojo es idea tuya!

Luis no contestó. Solamente hizo un gesto alzando el pulgar de la mano con la que no sostenía el petate.

- Juan está pasando una mala época -le dijo a Constanza-, lleva algo así como un año de mal humor y, ¿sabes?, esa es mi principal preocupación en esta aventura. No temo el viaje, no me preocupa la mala mar, ni nada de eso... lo único que me inquieta es que nunca hemos probado la convivencia durante treinta días. Y así como está Juan, puede tener algún que otro roce con cualquiera de los demás compañeros.

- Te entiendo -contestó Constanza-, pero a Juan creo que es mejor que le dejéis tranquilo... sus motivos debe tener para estar así.

Entonces los ojos de Constanza se humedecieron y a punto estuvieron sendas lágrimas de brotar de ellos.

- ¿Qué te pasa cariño? -dijo Luis-.

- ¿Te parece poco motivo para llorar que mi marido se haga a la mar durante más de un mes y que me deje con un niño de un año que le adora y que gorjeará preguntando por su padre? -entonces las lágrimas salieron de golpe y se abrazó a Luis-. Te quiero mucho -añadió-, ten mucho cuidado, por favor.

- Tranquila, todo saldrá bien -sentenció Luis-.

A escasos metros, se volvieron a escuchar ininteligibles voces desde *El Constanza*. Era Juan gesticulando a varios de los otros marineros que esperaban en cubierta.

- Vete ya -dijo Constanza con la voz entrecortada-, es inútil alargar la despedida. Te quiero.

- Y yo a ti... mucho.

Ella le volvió a besar y él se dio la vuelta y se dirigió hacia el barco. No le gustaba cómo se estaba iniciando la aventura y, como buena gallega, creía en las *meigas* y en todo lo que versase sobre presentimientos y malas vibraciones. Y en ese momento, tenía tan erizado el vello de la nuca que a punto estuvo de pararlo y hacerle abandonar el viaje...

‘No -pensó en voz baja-, hemos invertido demasiado en esto como para ahora echarse atrás por un mal augurio’.

Entonces Luis alcanzó la borda de *El Constanza* y, lanzando el petate al interior, entró saltando la baranda de hierro con una sonrisa en la boca.

- Chicos... ¡vamos allá! -dijo dándole unas palmaditas en la espalda al malhumorado Juan-. El atún nos espera.

*

2018, 23 de abril, *Far Vell de sa Dragonera*

- *El Constanza* nunca volvió.

Les explicaba a sus tres hijas un padre entregado tras el duro ascenso al Puig de na Pòpia, desde el pequeño puerto de sa Dragonera al que habían llegado desde San Telmo cruzando con una golondrina llamada *Margarita*.

- Y cuenta la historia que todos los veintitrés de abril puede verse en lo alto de este faro, el espíritu de Constanza con su hijo Toni en brazos, mirando hacia el oeste, esperando el regreso de *El Constanza* con lágrimas solidificadas por el aire salino del Mediterráneo.